

LAS POSICIONES NORTE-SUR EN EL MEDITERRÁNEO: PROBLEMAS Y PERSPECTIVAS

Juan Pando Despierto

*Doctor en Geografía e Historia
y colaborador del IIEE.*

Imágenes geopolíticas y prácticas del conjunto norteafricano

La figura del norte de África, que España regularmente entiende como limitada a la zonahidad magrebí, es obviamente, más amplia, y no sólo en los dominios meramente geográficos, sino en los haceres sociales, políticos y estratégicos. El conjunto que nos interesa resaltar —dada la dimensión de este ensayo—, es aquél definido por los bordes marroquí y egipcio. Evidentemente, no podemos —ni debemos— olvidar, que todo el conjunto norteafricano funciona como una verdadera «red eléctrica», y a tal punto, que las convulsiones o pacificaciones que se den en las áreas palestina, sudanesa o mauritano-saharauis, también afectarán, positiva o negativamente, a la integridad del sistema.

Tres países serán objeto de nuestra atención prioritaria, aunque teniendo muy en cuenta las dependencias de otros Estados ubicados junto a aquéllos, al ser «partes estratégicas comunes» a los tres primeros. Y de tal forma, que si éstos se desplazan o se inmovilizan, los segundos actúan a la recíproca, de forma instantánea o gradual. Pero que reaccionan y sin dudarlo.

Tres grandes Naciones-Estado componen la estructura que soporta el peso de todo el edificio norteafricano: de izquierda a derecha, y si seguimos una lectura a la europea de la geopolítica, tenemos a Marruecos, luego Argelia y Egipto.

A Marruecos están subordinados el Sáhara Occidental —consideramos a esta región como un Estado en potencia, al no haberse dilucidado todavía su suerte institucional por medio del fallido referéndum propuesto en 1988— y sin duda Mauritania; de Argelia dependen la misma Mauritania, el Chad y especialmente Túnez, a su vez dependiente de Libia, y ésta lo es en grado sumo de Egipto, que es «la tercera columna» que sostiene el gran «inmueble» norteafricano. Como corresponde a un país que fue eje histórico-político del Nilo, de Egipto depende no sólo el Sudán, sino otras connotaciones geopolíticas clásicas, con lo cual las influencias egipcias se extienden hasta Palestina y Arabia, y a la vez llegan hasta el Atlántico por la vía libio-chadiana.

En consecuencia, ésta es la distribución por países rectores del norte de África y de sus ascendientes más determinantes:

— Marruecos, «columna de la izquierda»: influencias notorias sobre el Sáhara Occidental y Mauritania. Reflejo acusado sobre las islas Canarias, y en general sobre España.

- Argelia, «columna central»: predominios sobre Mauritania, Chad, Túnez y Libia. Reflejo dominante sobre Francia y España a la vez, pero con muy superiores trascendencias para la primera.
- Egipto, «columna de la derecha»: influencias vitales sobre Libia, Sudán, Palestina, Israel y Jordania. Reflejo progresivamente menor sobre los mundos árabe-yemeníes, sirio-turcos, irano-iraquíes y etíope-somalíes. En conjunto, influencialidad potente trasladada a Eurasia, y prácticamente nula sobre el África negra.

Las definiciones «izquierda», «central», y «derecha» son meramente definitorias de una posicionalidad dada, pero no reflejan ni intención peyorativa alguna ni pretenden imponer gradación ninguna de relevancias en esta «imagen» geopolítica.

En esencia, Marruecos, Argelia y Egipto comparten idénticas importancias estratégicas, pues sus responsabilidades no son «estrictas» (no les competen a ellas en exclusividad), sino que se extienden, en diversos sentidos y trascendencias en tres direcciones cardinales, que afectan a Europa, África y Asia.

Puede parecer Egipto el país o la cultura sociopolítica con mayores influencias generadas en este ordenamiento, y de hecho es así, pero a niveles de estabilidad estratégica los tres Estados se igualan en extensiones de sus crisis, de la misma manera que, «a primera vista», Marruecos parece el menos inseguro. Pero esto sólo es un parecer, como el de que la crisis de Argelia «no tenga solución». Ambos países viven «momentos imprevisibles».

Ni que decir tiene que Sureuropa, y particularmente España y Francia, siguen con máximo interés los acontecimientos de estos tres pilares estratégico-nacionales, que son quienes sujetan el edificio norteafricano. Se entiende, y así se reconoce diplomáticamente, que el desplome o ruina inminente de uno de estos tres elementos forzosamente conlleva la inestabilidad de los otros, aunque cada uno de los restantes soportes responda a esa negativa intervención en forma y plazos muy diferentes.

Siendo como son Marruecos y Argelia, situaciones políticas absolutamente prioritarias para los intereses españoles y franceses —dentro del marco de la concordia y la seguridad euroafricanas—, lo paradójico es que Francia y España sigan actuando por separado en relación a sus pares norteafricanos, con lo cual estamos hablando de «cuatro crisis» en un mismo conflicto. Y estas son las cuestiones que se deberían modificar. De la urgencia nada decimos, porque resulta obvia.

Los espacios humanos en la orilla norteafricana

Los nuevos valores indicativos sobre «el estado de la persona», sintetizados en la codificación del Indicador de Desarrollo Humano (IDH), son una notable adecuación entre la realidad social y los discursos oficiales o las críticas a éstos mismos.

Divulgada suficientemente la recuperación de un país como España en la última jerarquía conocida de estos indicadores —habiendo pasado del puesto 23º al 10º en 1995—, bueno será efectuar un somero estudio con referencia a las naciones que hemos considerado pilares de la región norteafricana, y para ello tomaremos en consideración los niveles de 1994, al tener ciertas dudas en cuanto a los presentados este mismo año.

Recordamos que el IDH combina los índices de PIB por habitante; la esperanza de vida al nacer; el grado de alfabetización y los años de escolaridad media.

Siempre en base a los baremos de 1994, y mientras España ocupaba entonces el puesto 23º (0,888 de IDH), el primer país norteafricano que aparecía era Libia, situado en el 79º lugar (con un IDH de 0,703). Dos puestos más abajo quedaba Túnez, siendo su IDH de 0,690. Muy atrás, y en forma consecutiva, quedaban enlazados y virtualmente igualados, Argelia, en el puesto 109º (IDH de 0,553); Egipto en el 110º (IDH de 0,551) y Marruecos en el 111º (IDH de 0,549). Para encontrar a Mauritania había que descender hasta el lugar 158º (con un IDH de 0,254).

Como referencias adicionales, diremos que Cuba se encontraba situada en el puesto 89º —diez lugares por detrás de Libia—; China aparecía en el 94º —trece puestos por debajo de Túnez—; mientras que El Salvador y Bolivia aparecían en las posiciones 112ª y 113ª, es decir, inmediatamente después de Marruecos. Chad estaba diez lugares más abajo de Mauritania, prácticamente en el final del listado de los 173 países estudiados (1).

Señalemos, para finalizar, que las rentas *per cápita* de Argelia, Egipto y Marruecos mostraban una drástica inversión: Argelia, que solía encabezar este grupo, ha pasado a disponer (datos de 1993), de 1.940 dólares por habitante y año (en 1992) a 1.786 (y en 1994 aún bajó más, pero en cantidad no precisada), mientras que Egipto se sitúa en 775 dólares y Marruecos pasa de 900 a 1.042 dólares. Sólo la mayor esperanza de vida al nacer de los argelinos (65 años), y su alto grado de alfabetización (el 60,6%), hacían que, en los baremos del IDH, Argelia estuviera por delante de Egipto y Marruecos.

Como referente obligado, mencionemos que la esperanza de vida al nacer de los españoles era de 77 años, su índice de alfabetización del 98% y su renta *per cápita* de 12.670 dólares. Y que los mismos datos, en relación con Francia, exponían los índices siguientes: 76 años, 99%, y una renta de 18.430 dólares. En la orilla sur hay menos diferencias interiores, y el bienestar es más uniforme, con gradual y rápida tendencia a la igualdad.

Donde el equilibrio no existe, ni posee elementos cercanos de aproximación, es en los valores demográficos. Ya en 1992, el Ministerio español de Asuntos Exteriores advirtió a sus socios comunitarios sobre la importancia de los volúmenes de crecimiento humano en el Magreb, que se estimaban iguales o superiores a los 130 millones de habitantes para el horizonte del año 2025; y se dibujaba la metáfora de que esa masa poblacional «llamaría con insistencia a la puerta» (de Europa). El Magreb, cuya población se sitúa en 1995 en la frontera de los 65 millones de habitantes, pasará a tener 83-85 millones en el año 2000.

Ese aumento es, «de todo punto», inasimilable en niveles laborales, médico-asistenciales, educativos o de vivienda para ser contenido en cinco años. El resultado previsible es obvio: dramático aumento de las posibilidades de estallido social y, por ende, de ruptura de los sistemas. Sólo en Marruecos, el 50% de la población tiene menos de 25 años, y el país alcanzará los 32-33 millones de habitantes en el año 2010. ¿Qué hacer entonces?

(1) *World Datas 1995 y L'Etat du Monde 1995.*

El crecimiento demográfico en la región ha sido tan impresionante como lo que sigue: Argelia, que tenía 6 millones de habitantes en la fecha de su independencia (1962), pasó a tener 26 millones 30 años más tarde (1992). Es decir, más de las tres cuartas de la población no habían nacido cuando el país era «dueño de sus destinos» (2). Marruecos, por su parte, ha pasado de tener 15 millones de habitantes en 1970, hasta situarse a punto de superar la frontera de los 28 millones en 1994.

Los mundos económicos y sus divergencias

El conjunto norteafricano se caracterizó en el bienio 1993-1994 por crecimientos dispares o fenómenos acusados de recesión: fuertes aumentos del PIB en Marruecos y Túnez (índices del 3,8-4,1%); importantes en Mauritania (1,9-2,6%); estancados en Libia (0,6-0,8%), y notoriamente regresivos en Argelia (-1,8-2%).

La suma de los cuatro PIB nacionales del mundo latino del Norte —España, Francia, Italia y Portugal— arroja la impresionante cifra de 3.046.000.000 millones de dólares. Estos más de 3 billones de dólares equivalen a algo más de 76 billones de pesetas. En oposición, la suma de los PIB de los cinco países del Magreb, más Egipto (3), alcanza únicamente un valor total de 166.070.000 millones de dólares, igual a 2,075 billones de pesetas. Así que la proporción económica se sitúa en la proporción 33 a 1 a favor del Norte.

En el Magreb, su PIB global queda por debajo de la mitad del español (situado éste en los 550.000 millones de pesetas).

Sin embargo, fenómenos hostiles a la recuperación económica sostenida en la orilla norte, han tenido en un país como España significativas oscilaciones. Afectada por un conflicto político profundo; el desmantelamiento de sectores industriales (astilleros, acerías, pesca y textil); castigada por durísima y prolongada sequía (cuatro años), a lo que se unía la fuerte deriva de la crisis económica mundial iniciada en 1992, España conoció en 1993 una regresión importante, con una tasa negativa del 1,1%. Pero el país, dotado de una recuperación social admirable y casi «inesperada», ha sabido hacer «abstracción» de las influencias negativas internas, y, en consecuencia, logró superar 1994 con tasas de crecimiento del 2%, y parece terminar 1995 con índices cercanos al 3%. No obstante, y a pesar de los notables descensos ocurridos sobre sus tasas de desempleo, el paro sigue siendo en España su índice de mayor preocupación: el 15% de la población activa, equivalente a 2.346.000 personas. Este fenómeno es común a la orilla sur, donde predominan fuertes índices de desempleo (especialmente juvenil), iguales o superiores al 24%. Las expectativas son temibles: los cálculos efectuados en 1991 estimaban que el número de obreros o profesionales en paro pasaría en el Magreb, y en el período de 1990 al año 2000, de 13,5 millones a 17 millones (4). Empero, esta cifra última podría incrementarse drásticamente si

(2) GARON, Lise. «Crise économique et consensus en État rentier. Le cas de l'Algérie socialiste, en *Etudes Internationales*, volumen. XXV, marzo 1994, pp. 25-41. Conviene precisar que en el Índice Sintético de Fecundidad (ISF), alcanzará una media del 3,6 en el mundo islamo-mediterráneo para el año 2000, frente al 1,6 en el ámbito mediterráneo occidental. EL ISF de la mujer argelina es del 4,87, del 4,37 para la marroquí, del 4,1 para la mujer egipcia, y del 3,40 en el caso de la tunecina. Los porcentajes más altos se dan en Libia (6,39) y Mauritania (6,50) (*World Datas 1995 y L'État du Monde 1995*).

(3). No se incluyen los PIB de Sudán (6.380 millones de dólares) y de Chad (1.261 millones de dólares).

(4). AYARI, Chedly. «Enjeux méditerranéens. Por une coopération euro-arabe», *Presses du CRNS*. París, 1992, p. 39.

el explosivo nivel de los parados europeos —en torno a los 25 millones—, no descendiera para entonces de forma significativa.

La ecuación es la siguiente: si Europa es rica, el norte de África participa de esa riqueza; pero si Europa se empobrece, los pueblos norteafricanos mueren, pero antes estallan políticamente. Y esto es así porque los márgenes demográficos, a pesar de encontrarse hoy en descenso, siguen siendo muy superiores a la capacidad de abastecimientos locales, a lo que se añade que las posibilidades de reorientación de las masas laborales hacia los mundos árabigos son, hoy en día, virtualmente nulas. De la tradicional emigración Sur-Norte en los años sesenta y setenta, se pasó a la emigración Sur-Sur (hacia los países árabes productores de petróleo), en el decenio de 1980, pero estos espacios, igual que los europeos, se muestran progresivamente reacios a admitir a los hombres norteafricanos.

A ello se unen graves déficit públicos (muy acusados en Argelia y Egipto), y sobre los que, a su vez, gravita la deuda exterior: de 30.000 millones de dólares en Argelia, otros 26.000 millones en Marruecos, y de 41.000 millones de dólares en Egipto. La deuda conjunta de los cinco países magrebíes alcanza los 60.000 millones de dólares. Y su gravitación sobre la cobertura de las exportaciones es insostenible: del orden del 95-98% en Argelia, y hasta del 280-290% en el caso de Mauritania.

En este sentido, Argelia consiguió hace ya casi dos años —París, 1 de enero de 1994—, que su deuda exterior, entonces de 26.000 millones de dólares, tuviese un reescalonamiento eficaz (alargamiento de los plazos de devolución del capital principal e intereses). Ese acuerdo permitía a Argelia liberarse de una situación insostenible, como era la de retener hasta el 85% del monto total de sus exportaciones petrolíferas para satisfacer el servicio de la deuda. Pero las expectativas de crecimiento resultaron fallidas, dada la asfixiante situación policiaco-militar del país, y de nuevo el Club de París tuvo que intervenir (19-21 julio 1995), efectuándose una nueva gradualización de la deuda argelina —situada en torno a los 30.000 millones de dólares, o más, según informes confidenciales—, al permitirle disponer de un crédito adicional de 7.500 millones de dólares.

Por otra parte, Argelia invierte «sumas fantásticas» (para sus posibilidades económicas) en alimentar a su población, por cuanto se ve obligada a importar hasta el 55-60% de sus necesidades alimentarias. Marruecos, más contenido en estas autodemandas, sitúa sus importaciones de alimentos en torno al 28-30%.

Las relaciones comerciales con la orilla norte siguen siendo decisivas —en torno al 62-65% en el Magreb—, mientras que los contactos interzonales no superan el 5%. Persisten, enquistadas, las corrupciones públicas, pero en este «continuo desorden» de la ética y de las administraciones nacionales, Europa, que poco antes podía demandar ejemplaridad, hoy no puede ofrecerla.

Los índices de participación inversora del Norte en el Sur son importantes, más no decisivos. Túnez es el país mejor preparado (socialmente) para estas «recepciones», que en su caso suponen índices de formación del capital del 9,6% al 10,5%, de su actividad nacional,

mientras que en Marruecos se mantienen en torno al 10-11% —cuando eran de tan sólo el 2% en los años ochenta (5)—, y esto entre enero de 1993 y septiembre de 1994.

Es decir, «las confianzas» capitalistas del Norte hacia el Sur aumentan, pero de manera selectiva, y todavía se conoce un momento favorable para consolidar esa tendencia necesaria. Conviene precisar que la suma total de los fondos monetarios aprobados por la Unión Europea (UE) con destino hacia los países mediterráneos —tanto de forma general como de orden bilateral o trilateral—, suponen sólo el 17% de las masas económicas comunitarias, frente al 26% que se llevan los países miembros de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP).

Las economías norteafricanas son así, con naturalidad geopolítica, subsidiarias de Europa, y de ahí que hayan aumentado en Marruecos y Túnez. No obstante, en este final de 1995 se conoce un grado acusado de «paréntesis» al respecto: los inversores esperan a que se formalice el acuerdo comercial entre la UE y Marruecos, paralizado por la conflictiva posición mantenida por el Gobierno Filali en la cuestión de la pesca.

La colaboración tecnoindustrial entre ambas orillas mediterráneas tiene en el desarrollo del gasoducto Argelia-Marruecos-España una de sus vías naturales de validez estratégica, pese a sus riesgos evidentes. Terminadas las obras en tierras argelinas —530 kilómetros de recorrido—, se avanzó rápidamente en los espacios marroquíes —otros 540 kilómetros—, y el tendido de las líneas submarinas entre las costas españolas y marroquíes se terminó en diciembre de 1994, lanzando una doble tubería de 22 pulgadas de diámetro hasta profundidades de 400 metros. El fondo rocoso del estrecho de Gibraltar —el tramo de obra tiene una extensión de 45 kilómetros— obligó a realizar, simultáneamente, una compleja operación de tendido de la tubería y otra de acondicionamiento del fondo submarino, lográndose avances de hasta 2 kilómetros por día pese a esas dificultades.

Una vez en España, la línea del gasoducto llega hasta Córdoba (270 kilómetros), desde donde deriva hacia el Oeste (Portugal) y prosigue hacia el Norte, para enlazar con Francia y las redes gasistas europeas, comunicadas a su vez con las fuentes de producción noruegas y rusas (6). Pero la sección del enlace España-Francia es la mitad del existente entre Marruecos-España, y esto limita, drásticamente, la capacidad de «reorientación» de toda la red gasista española si se produjera un cambio político en el Sur.

Las reservas de petróleo de Argelia son débiles —no superan los 21-23 años—, pero sus reservas de gas sí son tranquilizadoras para la inversión española: del orden de los 60-65 años. Empero, quedan en «el aire» graves interrogantes, como los derivados de atentados terroristas contra la red o «cambios de conducta» radicales en los sistemas norteafricanos, que podrían utilizar sus fuentes de energía (Argelia) o sus prioridades de paso (Marruecos) como elementos para presionar (extorsionar) a los países consumidores del Norte. Por tanto, habrá que reforzar, y con urgencia, las comunicaciones gasistas con Francia, dado que la terminación de las obras del gasoducto está prevista para el verano de 1996. Todo ello con el fin de proporcionar alternativas fiables y evitar parálisis estratégicas gravísimas.

(5) CHEVALLIER, Agnès. «Le Maghreb, afflux de capitaux», en *Le Monde Economie, Conjoncture*, 11 de octubre de 1994.

(6) GUZMÁN ZAPATER, Ramón. «Un ejemplo de cooperación en el Mediterráneo. Gasoducto Magreb-Europa». Jaca. III Curso Internacional de Defensa, 21 de septiembre de 1995.

Los efectos beneficiosos proclamados en la Conferencia de Casablanca sobre Cooperación Económica (30 octubre-2 noviembre 1994), se han diluido pronto, pues la perniciosa influencia de la crisis argelina ha desactivado las movilizaciones favorables a Marruecos en particular, y al norte de África en general.

La idea de que en la fachada norteafricana pueda constituirse una cadena de «Estados servidores» de Europa, a la que abastecerían con productos baratos y de calidad media, es dudosamente aplicable, por cuanto eso implica la desaparición de cientos de miles de puestos de trabajo en Sureuropa —el conflicto de los sectores pesquero y textil españoles ya es la prueba rotunda—, y, por consiguiente, el freno (moral e institucional) a la inmigración norteafricana, receptora de una xenofobia que aún hoy es más comercial que meramente étnica o espiritual.

El norte euromediterráneo jamás podrá intercambiar seguridad estratégica a costa de destruir su ya muy debilitado orden social. No se puede beneficiar a terceros para lograr refuerzos institucionales que, dudosamente, poseerían proyecciones sociales sinceras y fiables. Y es que el Norte ha insistido, terca y equivocadamente, en proteger a los sistemas, y no a los pueblos. Ahí reside uno de los factores permanentes de la inseguridad geopolítica percibida desde el Norte: los regímenes del Sur amenazan con desplomarse, y si esto sucede, el vacío de la seguridad sería «total», por cuanto no se sabría entonces «qué decir» a sus sociedades sublevadas, que nos acusarían, con razón, de habernos olvidado de ellas por el mero afán en proteger a sus antiguos autócratas, expulsados del poder. Se vuelve a olvidar la ecuación en la que insistimos desde hace años: los gobiernos pasan, los pueblos permanecen. Hay que invertir en hombres e ideas, en programas y alianzas, y nunca más en personalismos.

El turismo, una de las esperanzas de esta región, pese a ser débil en su «esencia formal» —por la sensibilidad del mundo musulmán a la convivencia con costumbres foráneas—, ha entrado finalmente en crisis. El choque es particularmente adverso para Egipto —3.000 millones de dólares en juego—; no es menor para Marruecos —la crisis turística se ha acentuado en 1995—; pero se contiene en Túnez, el país que mejor asimila esta grave recesión. Si la situación en Argelia y Egipto no se agravase, cabe presumir que Marruecos y Túnez conocerían una recuperación turística en 1996. En el caso de producirse un desfondamiento institucional en Argelia, es innecesario imaginar el empeoramiento general.

El espacio ideológico: realismos y perspectivas

El pragmatismo social convive con el iluminismo popular, dirigido éste hacia el islamismo radical, que recoge las frustraciones de los más desfavorecidos y de los más desencantados, por lo que se da la circunstancia de que los alistamientos integristas provienen tanto del proletariado de las grandes urbes como de los cuadros medios (técnicos, profesores y profesiones liberales), siendo mucho menor o nulo en los cuadros altos de la sociedad, así como en el amplio ámbito rural.

El caso más llamativo es el de Marruecos, donde una naciente —y pujante— «clase media», aún en su pubertad nacional, se niega a ser sumergida por los fervores islamistas, que a su vez aumentan en las universidades, los sindicatos y en el proletariado urbano

atlántico (Tánger, Safi-Rabat y Casablanca), o de las ciudades imperiales (Fes, Mequínez y Marraquech).

En los sensibles centros urbanos del País Yebala y el Rif (Tetuán, Alhucemas y Nador), el integrismo, al menos hoy, no conoce suerte (igual que en la Kabylia), pero si la crisis económica se hiciera realidad de nuevo (como en 1984, con los «motines del pan»), la identificación del redencionismo islamista con el nacionalismo histórico subyacente en esta región sería inevitable y explosiva. De ahí las dificultades del régimen alauí para limitar la producción de las plantas alucinógenas (*cannabis* o *kif*), sustento económico de esta región, junto con los envíos masivos de dinero por parte de los emigrantes en Europa.

En total, 1.800.000 marroquíes —de ellos, unos 570.000 en Francia, y otros 130.000 en España (muchos de éstos, ilegales)— trabajan fuera de su Patria (7). Puede estimarse que una proporción de entre el 20-25% corresponde a gentes de «los espacios naturales» rifeños —entendemos por esto la doble vertiente del Rif, es decir, cubriendo hacia el Sur la línea del Uarga, con poblaciones tan importantes como Uazán y Taza—, y asimismo las yebalíes (desde Alcira y Alcazer hasta Chauen).

Sobre Francia gravitan las presiones migratorias más importantes, pues el *Hexágono* acoge a otros 800.000 argelinos, 230.000 tunecinos y unos 150.000 turcos. Y sobre estos contingentes se eleva aún la enorme masa de 800.000 portugueses y otros 370.000 italianos (8). De ahí la extrema sensibilidad francesa ante cualquier suceso que afecte a la estabilidad del Magreb, y en especial de Argelia —está estudiada la habilitación de 8-10 campamentos de emergencia para acoger refugiados en el área del golfo de León si se produjera un dramático vuelco socioinstitucional en el país argelino—, de donde se explica el resurgimiento electoral del FN (*Front Nationale*) o lepenismo (por Jean-Marie Le Pen), triunfante en Tolón y otras ciudades de su *hinterland* en las elecciones municipales (11-18 junio 1995).

España es, en este aspecto, un país privilegiado, tanto porque sus índices políticos de ultraderechización son menores, como por el hecho indudable de que la inmigración norteafricana, pese a la espectacularidad de sus llegadas marítimas —las famosas pateras que cruzan el Estrecho—, sigue todavía muy lejos de los niveles de otros países europeos: la misma Holanda tiene más emigrantes normarroquíes que España (del orden de 140.000).

La emigración siempre fue utilizada en el norte de África como urgente desahogo de unas tensiones internas, que no eran sólo ocupacionales, sino estratégicas «defensas» del Estado. El Reino alauí fue un adelantado en este sentido, y logró así que el paro descendiera, en el período de 1960 a 1982, desde valores cercanos al 24% hasta sólo el 11% (9). Esa tendencia se ha interrumpido y sufre hoy fuerte reinversión, pues la dinámica aduanera de nuevo cuño impuesta por los Acuerdos de Schengen (en vigor desde el 1 de enero de 1995, y especialmente rigurosa en las fronteras españolas en África), limita, drásticamente, esas comunicaciones humanas entre las gentes mediterráneas.

(7) SMITH, Stephen. «Marruecos, atolladero político» en *El Estado del Mundo* 1995, Akal, Madrid, 1995, p. 203.

(8) *Ibidem*, p. 41.

(9) BERRADA, Abdellah, y HAMDOUCH, Bachir. «Tendances et implications de la migration marocaine vers l'étranger», en «Le Maroc et la Hollande. Etudes sur l'histoire, la migration, la linguistique et la sémiologie de la culture». Publications de la Faculté des Lettres et des Sciences Humaines, Rabat, 1988, pp.139-147.

Por otra parte, la mecánica alauí de exportar «brazos y tensiones», con ser inteligente —desprende hacia el exterior los excesos de su mano de obra, y aminora así los riesgos evidentes de estallido social en su interior—, tiene sus «propios riesgos», pues quienes retornan a la Patria —tras una estancia media en el extranjero de diez años—, vienen imbuidos de «otros principios», de otras ideas sobre la libertad y los derechos humanos, que les hacen dueños de un agrio escepticismo. Especialmente, son los emigrantes rifeños y yebalíes quienes muestran un acusado descreimiento hacia la monarquía alauí, instituida secularmente como factor divino y redentor del país marroquí.

En Argelia, la confusión social es máxima, y los daños populares, tremendos, puesto que de las ideas enfrentadas se ha pasado a los hechos, y el país vive en plena guerra civil. El combate entre el Frente Islámico de Salvación (FIS), desdoblado en varias ramificaciones a cuál más radicales (10) y las estructuras gubernamentales, es tan despiadado como insensato.

La pugna, que ha causado más de 25.000 muertos oficiosamente —6.388 víctimas mortales para 1994, según los cómputos oficiales—, se ha trasladado al ámbito mediático, y con tal ferocidad y persistencia, que ya son 42 los periodistas asesinados (hasta mediados de septiembre de 1995). Se busca demoler la capacidad de «conocimiento alternativo» (de resistencia) de la sociedad argelina, intimidándola al dar muerte a sus comunicadores. La siniestra acción se continúa con el asesinato de los residentes extranjeros. Lo mismo se hace con los residentes europeos, sean técnicos industriales, profesores o gentes dedicadas al auxilio social (religiosos y religiosas). Cerca de un centenar han sido asesinados, muchos por medio de un ritual tan salvaje como simbólico. El islamismo radical no quiere «testigos extraños», lo que previene sobre la dureza social que impondría de triunfar.

El militarismo de un régimen desdoblado en tres acciones caudillistas —presidencias de Mohamed Budiaf, de Ali Kafi y de Liamin Zerual—, no ha conseguido aportar una tercera vía que pueda acoger las esperanzas populares de libertad y progreso. Los partidos democráticos, como el Frente de Fuerzas Socialistas (FFS) que lidera Hocin Ait Ahmed, el nuevo Frente de Liberación Nacional (FLN), de Abdelhamid Nehri, o el Movimiento por la Democracia en Argelia (MDA), partido aglutinado en torno al ex presidente Ahmed Ben Bella, se han mostrado radicalmente contrarios a practicar un «pétainismo nacional» (una dinámica colaboracionista) con el sistema zerualista. Y el rechazo de éste a las ideas de concordia presentadas por aquéllos en «los encuentros de Roma» (21-22 noviembre 1994), y después al acuerdo logrado entre el FFS, el FLN, el MDA y el FIS, también en Roma (12-13 enero 1995), son tan desesperantes como la tajante negativa de los mismos actores a participar, en la fracasada Conferencia por el Consenso Nacional (Argel, 22-26 enero 1994).

Los argelinos, privados de cauces racionales de expresión, tienen que optar entre dos opciones violentas, ambas ilegítimas —el actual Gobierno es fruto de un atentado constitucional, y los islamistas, que fueron despojados de su claro triunfo electoral en diciembre de 1993, se mantienen radicalmente contrarios al libre juego democrático—, convertidas así en «dos formas de miedo público» por su mutua y constante práctica del terror.

(10). Fundamentalmente, estos cuatro: el Grupo Islámico Armado (GIA); el AIS (*Armée Islamique du Salut*, o Ejército Islámico de Salvación); el MIR (*Mouvement Islamique de la Renaissance*), o Ennahda (en árabe «renacimiento»), así como el Hamas, o MIS (*Mouvement Islamique Sociale*).

Fruto de esta desesperación es el crecimiento acelerado de los movimientos locales de autodefensa en el ámbito de la Kabylia, y en principio dirigidos contra el islamismo radical, como el Movimiento Cultural Beréber (MCB) —a no confundir con el RCD (*Rassemblement [unión] pour la Culture et la Democratie*), que lidera el doctor Saïd Sadi, otro líder beréber, pero deslizado hacia posiciones progubernamentales—, y que podrían devenir en «partidos de resistencia», defensores de tesis autonomistas si en Argel triunfase el caos, es decir, el integrismo islámico.

Túnez conoce un *impasse*, en el que la penetración islamista parece refrenada, aunque en modo alguno ha sido expulsada de amplias capas de la población. El régimen del presidente Zine el-Abidine Ben Alí tiene en Rached Gannouchi un adversario temible, pues se trata, posiblemente, del ideólogo mejor formado del integrismo, y el que posee mejores relaciones con el mundo occidental, por la ponderación de su discurso político.

El presidente Zin el-Abedin Ben Alí (en el poder desde noviembre de 1987), sigue tenaz en su ideario de Estado único, pero democrático, al que apoya su partido oficial, el Agrupación Constitucional Democrática (RCD), que es pantalla insuficiente, pese a los aparatosos triunfos obtenidos en las elecciones presidenciales y legislativas del 20 de marzo de 1994 (porcentajes de apoyo a las tesis gubernamentales del 99,8% y el 96%, respectivamente). El presidente Ben Alí ha sido así reelegido por otro mandato de cinco años. Pero el país, depende de Argelia, donde reside su suerte o infortunio estratégico en el marco de los próximos y decisivos meses.

Egipto persiste en su combate contra el fundamentalismo islámico por la dura senda policial y militar, pero está lejos de alcanzar los niveles desastrosos de Argelia. Sin embargo, su precariedad institucional ante ese acoso sigue en aumento. La influencia positiva de las paces israelo-palestinas, a pesar de sus parálisis sucesivas, es esperanzadora, puesto que proporciona «pruebas concretas» de la inutilidad del discurso islamista. El denominado Acuerdo de Taba (24 septiembre 1995), alcanzado entre el líder palestino Yasser Arafat, y el ministro israelí de Asuntos Exteriores, Simón Peres, por medio del cual se revitaliza la autonomía de Palestina, es señal reconfortante en esa dirección, pues a pesar de los inevitables acosos terroristas a los que se verá sometida, proyectará su «paz moral» sobre Egipto.

Desde la perspectiva del Norte, la hipótesis del triunfo islamista en Argelia aumento tanto como se reduce la capacidad de maniobra del régimen de Zerual, obsesionado en realizar unas elecciones de sí mismo, al estar todo el proceso sometido a boicoteo múltiple, tanto de los partidos opositores de carácter liberal como de la violencia armada del FIS. Pero si se produjeran elecciones libres y en ellas resultase triunfador el FIS, este hecho tendrá que admitirse, «tal cual es». Hemos insistido, en otras ocasiones, en que el Norte tiene que dialogar con el Sur con independencia de los sistemas que gobiernen en uno y otro lado. Y el integrismo islámico no puede ser la excepción. El Norte no puede considerar al Sur como «enemigo previo» por el hecho de que las sociedades sureñas voten islamismo radical.

En este sentido se manifestó en Jaca, con aguda intención pragmática y admirable lucidez geopolítica, el diputado del Partido Popular, Rodrigo Rato, (11), al criticar duramente el sim-

(11) RATO, Rodrigo. «Redescubrimiento del Flanco Sur de la OTAN». Jaca. Palacio de Congresos, 22 de septiembre de 1995.

plismo teórico —en vigor en muchos círculos occidentales— de sustitir la tradicional amenaza para Europa, proveniente del antiguo poder soviético, por la enemistad a ultranza del Islam, concordante con argumentos idénticos ya expuestos en estas mismas páginas (12).

Todo lo que conlleve la superación de ese fácil automatismo del «enemigo clasificado» proporcionará autonomismo en lo geoestratégico, y esto sin merma alguna de la necesaria vigilancia hacia quien pretenda perturbar la seguridad común.

El integrismo islámico, como resumen, «no es solución», ni para las sociedades norteafricanas, ni para los analistas autóctonos objetivos. Pero la falta de respuestas morales de los gobiernos regionales, obsesionados en responder sólo con la represión al terrorismo, favorecen la legitimidad superviviente del fenómeno, que únicamente puede ser vencido bajo una sabia mezcla de ejemplaridades estatales: por la confianza en el valor de las urnas; y por la firmeza, tanto social como institucional, en denunciar y dismantelar las redes terroristas.

Por otra parte, es falso imaginar que, en caso de triunfo final islamista —dudoso, pero probable—, éste se limitase a copiar los modelos estrictos de actuación del jomeinismo, especialmente en su vertiente diplomática, aunque podría adoptar parte del discurso radical de su guía intelectual en el «frente interior» (13). No conviene olvidar que el Irán de Hashemi Rafsanyani (presidente de la República desde 1989), tiene poco que ver en 1995 con el Estado edificado por Jomeini en 1979.

También hay que considerar si el shíismo iraní (jomeinismo) y el sunismo de los islamistas argelinos, pueden ser factores de agrias disputas internas, o simples «diferencias de concepto» que no invalidarían una acción estratégica conjunta (14).

Las dimensiones sociopolíticas e institucionales

Todo el área conoce un enorme cansancio social, propio de un deseo de renovación nacional y regional, iniciado en 1988-1989, y que se ha demostrado totalmente fallido. El ideario de la Unión del Magreb Árabe (UMA) es sólo un amargo recuerdo, y la incapacidad de gestión interzonal de sus «órganos de gobierno», evidente. El agotamiento de los sistemas, fundamentados en dictaduras de hecho sobre los pueblos, resulta ser claro y alarmante. Las revoluciones populistas o dogmáticas, caso de Argelia y Libia, han envejecido «prematuramente», y se han convertido en *vieux régimes*, asustados de sí mismos, que han desanimado o irritado a sus sociedades. En todas partes «gruñe» la revolución —especialmente en Argelia y en Egipto—, sólo que las alternativas pueden ser odiosas, si entendemos a los integristas islámicos como «revolucionarios».

Es sintomática la extensión alcanzada por las revueltas proislamistas ocurridas en Libia —Bengasi y Trípoli, con un balance de una treintena de muertos y numerosos heridos—

(12) PANDO DESPIERTO, Juan. «Superación del concepto de enemigo», en «Las relaciones sureuropeas con el Magreb», dentro de los Estudios de Investigación desarrollados en el marco del CESEDEN «Las conversaciones internacionales Norte-Sur sobre los problemas del Mediterráneo Occidental», publicados en *Cuadernos de Estrategia*, número 70. Madrid, octubre de 1994.

(13) SHIRLEY, Edward G. Is Iran Present Algeria's Future, en *Foreign Affairs*. Mayo/junio 1995, volumen 74, pp. 28-44.

(14) DURAND, Edwige. «Tradition chiite et islamisme khomeiniste», en *Etudes Internationales*, volumen XXV, 1994, pp. 5-24.

en la segunda semana de septiembre de 1995, hecho que demuestra, por sí mismo, la crispación de un sector amplio del pueblo libio y la nulidad moral de los mensajes «sociales» proporcionados por el dirigismo de Gaddafi. Esta senilidad de las antiguas revoluciones presagia cambios determinantes. La «electricidad» geopolítica es máxima en la región, pues Libia se creía que era «país a salvo».

En Marruecos, Argelia y Egipto, la situación política señala diferencias significativas. En el Reino alauí, el sistema sigue copiándose a sí mismo, es decir, repite sus vicios, y lo hace como lo ha hecho hasta ahora: por la vía de los referendos (ocho hasta la fecha), siempre con la intención de sacralizar desviacionismos constitucionales o para constitucionalizar desviacionismos de las libertades públicas. El último referéndum, celebrado el 15 de septiembre de 1995 —con la intención de aprobar un retraso en el margen constitucional establecido para presentar los Presupuestos Generales—, volvió a arrojar datos aprobatorios verdaderamente increíbles, cercanos al 95%. Pero la abstención, aun siendo «fuerte» (el 30%) no fue inesperada.

Al respecto hay que señalar, y como precisó en su momento Callies de Salies, que en las elecciones legislativas del 25 de junio de 1993 solamente 7,21 millones de electores —sobre los 11,5 millones de votantes «esperados»— depositaron su voto, esto es el 62,75% de los inscritos en el censo. Por último, y dato extremadamente revelador de entonces, en aquellas elecciones hubo un 15% de papeletas en blanco. Si este 15% lo sumamos al 37,25% de «abstención física», tendríamos una abstención real del 52,25% que, literalmente, invalidaba todo el proceso electoral, y no sólo por la vía moral si no por la institucional (15). Por esos caminos el alauísmo puede que se mantenga «un tiempo», pero desde luego en nada garantiza el futuro para sus descendientes.

En Argelia, el presidente Zerual insiste en mantener sus tesis de elecciones —presidenciales primero y legislativas después— para finales de noviembre, cuando, en todo caso, debería ser al revés (acto electoral legislativo y luego presidencial). En sí misma, esta incomprensible terquedad del zerualismo refleja una perversión absoluta de la idea de pacificación del país.

Obviamente, ha recibido el rechazo unánime de la oposición democrática, porque de los grupos islamistas radicales ni se cuenta, y ellos «van a lo suyo»: mantener una guerra a ultranza contra el Gobierno ilegítimo. Cuesta creer que sea posible sostener, a la vez, estos dos «grandes suicidios» nacionales. En este empantanamiento del país, comienza a hacerse evidente, al fin, la importancia de los movimientos beréberes —instalados fundamentalmente en la Kabylia—, y que pueden ser tanto un factor de moderación como de crispación de la crisis si no se atienden sus demandas lingüísticas y políticas (16).

Tras el intento de magnicidio contra el *raís* (jefe) egipcio, perpetrado en Addis Abeba (26 junio 1995) por opositores islamistas al régimen del presidente Hosni Mubarak, las relaciones entre Sudán y Egipto se encresparon con notoriedad informativa, al acusar El Cairo al Jartum islamista del general Omar Hassán Ahmed el-Bachir (en el poder desde junio de

(15) CALLIES DE SALIES, Bruno. «Le Maroc à la recherche d'un nouvel équilibre» en *Défense Nationale*. febrero 1994, pp. 119-130.

(16) ROBERTS, Hugh. «The Algerian crisis», en *International Affairs*, volumen 71, número 2, abril 1995, pp. 247-268.

1989), de ser el inductor del fallido atentado. Ambos regímenes se cruzaron duras acusaciones e, incluso, se produjeron varios incidentes en la región sudanesa de Halaïb (en la costa del Mar Rojo), área rica en materias primas y reivindicada tenazmente por los sucesivos Gobiernos egipcios desde Nasser.

La acción antisistema que la oposición islamista egipcia —partidos *Al Jihad* (Guerra Santa) y *al-Jamâa al-Islamiya* (Agrupación Islámica)— mantiene contra el régimen de Mubarak (en el poder desde octubre de 1981), está enquistada desde el verano de 1993, período en el que las pérdidas en el sector turístico y por tal «guerra de presiones» (iniciada un año antes), se cifraban entonces en 240.000 millones de pesetas (17). El conflicto está «envenenado», pues los enfrentamientos no son sólo de carácter guerrillero en el Alto Egipto, sino que se mantienen entre las autoridades gubernamentales y los medios universitarios, cada vez más vacilantes en su neutralidad, como sucede con los claustros académicos de la Universidad caiota de Al Azhar, que expande su influencia por todo el mundo árabe.

Una acción particularmente dura y sangrienta es la persecución que el islamismo violento sostiene en contra de los cristianos egipcios (coptos). Es ésta una lucha «oscura», en la que las víctimas han acabado por armarse, y ahora intentan devolver golpe por golpe para hacer frente a sus verdugos. Todo ello sitúa bajo densas interrogaciones a Egipto, «país-bandera» del mundo musulmán, la nación más poblada en los espacios panárabes (60.000.000 de habitantes) y la que posee un mayor peso intelectual.

En la lucha «por Egipto», como en la que tiene lugar «por Argelia», los alistamientos islamistas de carácter internacional —veteranos de la guerra de Afganistán y algunos núcleos de combatientes formados en Peshawar, en Pakistán (18), así como también en el Yemen y Sudán—, están ahora algo más contenidos en su frecuencia movilizadora, pero esto es sólo una tregua.

La incapacidad del Gobierno de Mubarak para resolver la crisis, y las inevitables corrupciones del sistema —especialmente por el contrabando hacia Libia—, le han hecho «perder peso» ante Estados Unidos, cuestión especialmente grave, puesto que el presidente Clinton autorizó en 1994 una ayuda a Egipto por valor de 2.100 millones de dólares (19). Esta relación no va a quebrarse, ni desde Washington ni desde El Cairo, porque están en juego no sólo las estabilidades estratégicas del área del Nilo y Palestina (incluyendo aquí a Jordania), sino toda la influencia que Egipto genera sobre los mundos árabigos y medio-orientales.

En la nueva distribución presupuestaria norteamericana para el ejercicio 1995-1996, y en el seno de los debates habidos en el Congreso el 22 de septiembre de 1995 —en donde los representantes republicanos se mostraron especialmente críticos con la magnitud de las ayudas a terceros países—, la tendencia general es «a la baja», excepto en los dos pilares básicos de su política exterior: Israel y Egipto. De tal forma, que el primero recibirá 3.000 millones de dólares, y el segundo repetirá los baremos de 1994-1995, esto es, 2.100

(17) GUMUCIO, Juan Carlos. «La silenciosa guerra de Mubarak contra los integristas» *El País*, 28 de agosto de 1993.

(18) SID-AHMED, Mohamed. «Impasse en Egypte», en *Le Monde Diplomatique*, junio 1993, número 471.

(19) BUCCIANTI, Alexandre. «Malaise entre Le Caire et Washington», *Le Monde*, 8-9 de enero de 1995.

millones, dentro de un presupuesto para estos conceptos que ascendía a 12.300 millones de dólares (20).

El ministro consejero de la Embajada americana en Madrid, Larry Rossin, reafirmó en Jaca ese carácter de atención máxima del Gobierno americano —de cualquier Gobierno en Washington— hacia la situación israelo-egipcia, que atrae «la máxima atención» de Estados Unidos (21). En oposición, el interés geopolítico estadounidense hacia Marruecos y Argelia conoce un acusado descenso —lo que aumenta las responsabilidades, al respecto, de Sureuropa, y en particular de franceses y españoles; ambas responsabilidades con escasas posibilidades de control de crisis o de ayuda económica hacia estos dos países en solitario—, aunque si la paz entre Israel y Palestina se consolidase, ese fatal abandono hacia el Mediterráneo Occidental podría reinvertirse.

Si la atención de Europa giró hacia el Este a partir del trienio 1989-1991, coincidente con las enormes mutaciones sociopolíticas allí ocurridas entonces, y a lo que se sumaron luego las recientes y sucesivas adhesiones a la UE y la Asociación por la Paz —especie de «placido» de la Alianza Atlántica—, el Sur no ha sido olvidado, sobre todo porque España «está muy pendiente», y Francia insiste en la misma atención.

Fruto de esa «mutualidad de atenciones» latinas hacia el Sur fue la aprobación, en la reunión comunitaria de la UE celebrada en Essen (Alemania, 9 y 10 de diciembre de 1994), de un acuerdo-marco de ayuda para las naciones mediterráneas, estructurado en cinco años y por un monto total estimado en 5.500 millones de ecus (equivalente a 880.000.000 millones de pesetas). Esta cifra fue luego rebajada discretamente en los encuentros de la UE en Cannes (26 junio 1995), dentro del cierre de la presidencia semestral francesa, quedando situada en 4.685 millones de ecus (749.600 millones de pesetas). Esta cifra se duplicaba en la práctica, puesto que el Banco Europeo de Desarrollo (BED), aseguraba la financiación de una masa monetaria similar.

Si alguna vez, desde de los tiempos del ideario proeuropeísta del general Marshall, hubo que hablar de «dinero para la paz», ese encuentro en Alemania resume, a la perfección, tanto los intereses como las preocupaciones concretas de España y Francia en atender su sentido histórico hacia el Sur.

Ha dicho Bonnefous que: «No han llegado todavía los tiempos para la puesta en marcha de una cooperación regional densa», pero que existe un *esprit d'entente* (un espíritu de consenso) entre latinos y magrebíes (22). En esa dirección tenaz avanzan los empeños españoles, que se manifestaron con ocasión del Forum para el Mediterráneo en Alejandría (julio 1994), y que deben, al menos, quedar formalizados en la Conferencia Euromediterránea en Barcelona (27-28 noviembre 1995). Los 28 países allí representados —tras la inclusión, a última hora, de Mauritania—, según los acuerdos de la reunión de Formentor (22-23 septiembre 1995), podrían definir y ajustar una zona de libre cambio euroafricano y mediterráneo hacia el horizonte del año 2010.

(20) *The New York Times* y *Le Monde*, 23 y 24 septiembre 1995.

(21) ROSSIN, Larry. «Hacia una búsqueda de nuevos esquemas de cooperación» Jaca. III Curso Internacional de Defensa.

(22) BONNEFOUS, Marc. «Nord-Sud: la Méditerranée occidentale, en *Defense Nationale*, febrero 1994, pp. 111-118.

España camina hacia la consecución de un Mediterráneo autónomo políticamente, esto es, separado de las tensiones generales, sin que por ello se pretenda hacer de ese ámbito un espacio neutro, o pacificado por una acción de fuerza unilateral. España apuesta, como bien dijo Balatut, por «la interdependencia» (23), que hace suya como Estado, y que desearía que el Mediterráneo asumiese como política de su inmediata historia.

Intervenciones de rescate y participaciones militares por la paz

En esta situación aparece un «común denominador» que es paradójico a fuerza de ser evidente: la solución pacífica al conflicto no puede venir desde el exterior, y sin embargo, las fuerzas de los interiores sociopolíticos en cuestión no se bastan para reinvertir coherentemente la crisis. De ahí el creciente pesimismo europeo, y de ahí también la sensación de fatalismo o de abandonismo que invade hoy en día no sólo a las intelectualidades norteafricanas progresistas, sino a grandes áreas sociales de sus entramados nacionales.

Tal vez el fondo del problema resida en que los europeos nos empeñamos en buscar terca-mente soluciones acordes con nuestras culturas políticas y, por ende, con nuestras necesidades históricas —implantación y sostenimiento del Estado de Derecho, régimen de libertades y Estados ordenados constitucionalmente—, cuando eso podía ser posible, incluso en los mundos musulmanes —recordemos la experiencia jariyí en el Marruecos de los siglos x al xi—, mientras hubiese bienestar y desarrollo, y por tanto, la paz social fuese un hecho constante. Las necesidades en libertades públicas, siendo inmensas, no serán jamás las mismas en el borde sur que el borde norte, mientras en el primero, la religión allí dominante, tenga la relevancia e influencias (sociales y estatales) que mantiene hoy sin variación alguna.

Se podrá hablar de consolidación de la libertad, pero no se podrá equiparar unas «libertades» con otras, porque la diferencia esencial de las civilizaciones así lo impide. Aunque en tantas cosas (la solidaridad rural y urbana, el respeto común a los ancianos, la defensa de la familia como núcleo convivencial), las diferencias humanitarias están a favor de los pueblos del Sur, y son las sociedades del Norte las que tienen que «aprender».

Debemos tener muy presente, que en el Mediterráneo se dan, y como en ningún otro sitio, ese concepto definido por Huntington como «choque de civilizaciones». Las proximidades, los cíclicos y alternativos dominios de una parte sobre otra, los constantes cambios políticos, económicos e ideológicos, todo ello compone un formidable magma tensional sin parangón en el mundo.

Las mutaciones podrán ser técnicas o estratégicas —en mucho menor sentido lo serán morales—, pero siempre subsistirá, y acrecentada por las desigualdades materiales y culturales, esa división de pensamientos y haceres entre las masas del Norte y el Sur, que contactan espectacularmente en el fluido ámbito mediterráneo. De ahí que coincidamos plenamente con Huntington cuando precisa: «Las líneas de fractura entre civilizaciones serán las líneas del frente en el porvenir» (24). Tremenda batalla, que no debe amilanarnos por sus dimensiones naturales.

(23) BALATUT, Bernard. *Obra citada*, p. 321.

(24) HUNTINGTON, Samuel P. «Le choc des civilisations?», en *Commentaires*, verano de 1994, volumen 18, número 66, pp. 238-253.

Tampoco podemos —ni debemos— caer en el error de situar a los mundos islámicos como el reservorio de «todas las amenazas», por el simplista hecho de que, desaparecido el comunismo de Estado y el Pacto de Varsovia, ellos son nuestros enemigos lógicos. Este empeño por enfrentarse al «enemigo total» y, en su desaparición, sustituirlo por otro de similar rango, aparte de ser falso e, incluso, prematuro —el totalitarismo o militarismo ruso estará todavía muy presente en las inmediatas crisis de Europa—, acaba siendo absurdamente peligroso, puesto que se proporcionan argumentos al contrario para reafirmarse en el papel de enemigo perpetuo de Occidente. Las gentes musulmanas esperan de nosotros, gentes europeas, algo más «imaginativo» (25).

Lo que resulta incuestionable es que, quebrados los Estados-Providencia de Argelia y Egipto (en éste último, su realismo fue más teórico que otra cosa), la situación geopolítica empeora, y con ella se agravan los aislamientos «naturales» de Marruecos y Mauritania. Tal dinámica impone, a su vez, forzosos vasallajes tensionales a Túnez y Libia en caso de proclamación suprema de la crisis (hundimiento de los regímenes del presidente Zerual en Argel, y del presidente Mubarak en El Cairo).

En lo que concierne a los factores de seguridad y defensa, las posiciones están aún más limitadas, cuando deberían ser, teóricamente, menores. Y es que desde la perspectiva social y estatal del Sur, dos iniciativas recientes del Norte han provocado «discreta» preocupación: el compromiso para constituir un segundo Cuartel General para el Euroejército, con sede en Barcelona (24 de septiembre de 1994, fecha del ofrecimiento), y la realización de las maniobras *Tramontana 94* (Almería, 14-25 noviembre), con participación de efectivos hispano-europeo-norteamericanos, y en las que se partía del supuesto operativo de liberar a diversos contingentes de residentes europeos en un país norteafricano sometido a radical convulsión, Argelia.

En este sentido se manifestaba Labatut en un análisis reciente (26), aunque su definición del problema, con ser válida inicialmente, quedaba incompleta al definirse en términos «elementales» desde la perspectiva del Sur (acciones de amenaza indirecta de la OTAN contra los países norteafricanos). La sutileza misma de la política en el norte de África ha percibido la diferencia entre esos ejercicios y la ejercitación de una fuerza aliancista, como la realizada en ocasión de la guerra del golfo Pérsico para liberar a Kuwait (febrero-marzo 1991).

De suma importancia son las iniciativas puestas en marcha (Florencia, 2 de octubre de 1995) por España, Francia, Italia y Portugal en el marco de la denominada EUROFORCE y EUROMARFORCE, sendas proyecciones a nivel aeroterrestre y aeronaval a cargo de países sureuropeos que son miembros de la OTAN y de la UEO. Extremadamente sugestiva resulta ser la teoría de «las cuatro reservas» —efectivos terrestres, aéreos, navales y de comunicaciones—, compuestas por medios de los cuatro países mencionados, y a los que acuden en caso de necesidad defensiva global, según las tesis expuestas por el capitán Bernard Oliveau —ex comandante del portaaviones *Foch*—, y encargado de las rela-

(25) LEW, Roland. «L'Islam dans l'attente de l'Europe», en *Le Monde diplomatique*, diciembre 1994, número 489.

(26) LABATUT, Bernard. «Les politiques méditerranéennes de l'Espagne à la recherche d'un équilibre entre l'impératif de la sécurité et l'éthique de l'interdependance», en *Etudes Internationales*, volumen XXVI, junio 1995, pp. 315-327.

ciones exteriores de la UEO. Oliveau sostiene (27), junto con sus colegas españoles, la idea de coordinar los plazos de mantenimiento de los cuatro portaaviones disponibles —dos franceses, uno español y uno italiano—, a fin de que uno, al menos, esté siempre listo para participar en operaciones comunes. Empero, todo lo que suponga intervención se ha convertido en «palabra maldita» para la perspectiva emocional norteafricana. Sin embargo, se comprende en el Sur, aunque en *petit comité*, que las naciones del Norte no podrían permanecer pasivas ante la inmolación de sus ciudadanos residentes en la orilla sureña.

Sobre la situación, en la que prenden con fuerza espontánea nacionalismos y xenofobias, gravitaba el ultraje comparativo de la pasividad occidental mostrada en Bosnia ante el genocidio de su pueblo, o la indiferencia europea —en mucho menor grado norteamericana, si recordamos el levantamiento del embargo de armas a Bosnia, aprobado el 26 de julio por el Senado, pero luego vetado por el presidente Clinton el 11 de agosto— ante el reparto territorial de ese Estado balcánico, al ser éste de mayoría musulmana, y poder derivar hacia posiciones islamistas radicales. Con ser esa posibilidad en verdad mínima, o más bien absurda, la propia magnitud de las indefensiones de Bosnia forzaba esa autodefensa intelectual en algunos de sus grupos políticos.

La espectacular y reciente inversión de esas ofensas ideológicas, con la participación decidida de las fuerzas de la OTAN en las operaciones aeroterrestres conducentes a levantar el cerco de Sarajevo (30 de agosto-15 de septiembre), ha arrojado «salvador aceite» sobre estas aguas pasionales de la sensibilidad norteafricana (tanto pública como privada), y eliminado, prácticamente, su principal argumento defensivo.

Como norma, debería quedar meridianamente claro que los pueblos del Sur entienden la situación en Bosnia como «algo propio», y todo cuando allí se haga en beneficio de las razones humanitarias y políticas de la nación bosnia, acrecentará el respeto a la política exterior de Europa. Por eso es tan importante que en Ginebra, y tras el principio de acuerdo logrado entre las partes (8 de septiembre), surja allí sí no «la paz» en sentido mayestático, sí al menos un armisticio de larga duración, por cuanto ese realismo positivista favorecerá los impulsos legítimos de convivir del Sur con el Norte.

Ahora bien, se entienda como se entienda la necesidad prioritaria de salvar vidas europeas en el Sur en situaciones de máxima emergencia o gravedad, debe constar que, «por principio histórico», las gentes que en ese espacio habitan —e incluso, gobiernan—, son contrarias a todo acto interventor de Europa.

Esto no es óbice para desmontar todo un modelo de salvaguardia de las personas y de la misma seguridad mediterránea, que tiene sensibilizada a Sureuropea, y que España y Francia defienden con suma prudencia. Pero sí debe conducir a la definición de una «doctrina de rescate», que tenga muy claramente precisados cuáles serían sus objetivos y los plazos máximos de su acción interventora.

Esa acción conjunta debe ser consciente de su estricta limitación temporal, así como de su nula extensión de «salvamento» hacia regímenes o sistemas situados bajo expectativas o dinámicas de derribo inminente. Se trata de salvar personas, no Estados.

(27) OLIVEAU, Bernard. «Las nuevas estructuras de fuerza en el Mediterráneo», Jaca. III Curso Internacional de Defensa, 1995.

De ahí nuestras tesis de reforzar la participación militar de fuerzas del norte y el sur mediterráneos en objetivos de pacificación bajo la bandera de Naciones Unidas. Incluso, esas iniciativas podrían desarrollarse en el ámbito de otras organizaciones que puedan crearse al respecto y reúnan, en su seno, las necesidades comunes de armonía y seguridad del Mediterráneo. De eso habrá que hablar, más tarde o «más temprano», y mejor será defender ahora esta obligación que la primera.

En la Conferencia de Barcelona deberían estudiarse seriamente estas cuestiones, pues entendemos que todo cuanto conduzca a un mayor entendimiento de los ejércitos y de las diplomacias, entre las gentes del Sur y del Norte, será factor indiscutible de mutuo conocimiento y defensa de la paz. Seguimos sosteniendo que la unidad militar facilita diversas *unidades: la política, la diplomática, la económica e, incluso, la social. Esa dinámica puede y debe ampliarse dentro del mismo Norte, y proyectarse, sin titubeos ni «malas conciencias», hacia el Sur.*

El Mediterráneo es la razón estratégica suprema de España. En él se contiene «nuestro mundo», sin que eso presuponga disminución alguna de nuestro imprescriptible americanismo. En el Mediterráneo debe empeñar España sus mejores fuerzas, tanto intelectuales como materiales. Pues, como señala agudamente Morin, todavía es posible aquí «reinventar una economía de la convivencialidad» (28). Y esa bandera debe alzarla España.

(28) MORIN, Edgar. «Mère Méditerranée», en *Le Monde Diplomatique*, agosto 1995, número 497.

**POLÍTICA, ECONOMÍA
Y SOCIOLOGÍA**

VIII